

tesis entre un tiempo que el ser quiso infinito para sí –liberándose a fuerza de ascender– y un olvido que no sólo engulle la base de esa Torre, sino que, minuto a minuto, disuelve la imagen de su Arquitecto. Nemrod es, para Calderón de la Barca, el hombre que acabará sus días precipitándose al abismo desde el edificio invulnerable que ideó. Por otra parte, Nemrod es, para Nilo Palenzuela, la pieza que recompone y da sentido a su visión del pensamiento y el arte desde los orígenes de la modernidad –el Siglo de Oro– hasta el mundo de nuestros días, porque en *Los hijos de Nemrod* se oculta la identidad del hombre moderno, aquel que devuelto al suelo intenta incorporarse y mirar con ojos claros hacia la utopía del mañana, con el propósito incierto de dar un nuevo sentido a su existencia.

Los hijos de Nemrod. Babel y los escritores del Siglo de Oro es el último libro de carácter ensayístico de Nilo Palenzuela. Publicado recientemente por la editorial Verbum, despliega una propuesta crítica que penetra en lo que entiende el ensayista como una encrucijada en la que pasado y presente coinciden, hasta desentrañar, a lo largo de las siete secciones del libro, las múltiples caras de este mito central para la cultura de Occidente. El discurso de Nilo Palenzuela se inmiscuye, para ello, en el transcurso del Siglo de Oro, una época de las más fructíferas para las artes en su conjunto,

y más concretamente en la exquisita superabundancia de que gozaron las letras hispánicas del momento. «Los capítulos de *Babel y los escritores del Siglo de Oro* –subraya su autor– se detienen, en efecto, en este periodo en que surgen los escritores que crean la memoria de nuestras palabras y los horizontes de conocimiento en que nos movemos sin apenas darnos cuenta». Desde esta tradición, llevada hasta límites de calidad extraordinaria por parte de los poetas, el viaje que realizan Cervantes, Quevedo, Gracián, Góngora o Calderón reaparece a los ojos del hombre moderno como una serie de *aventuras del conocer* que persiguen descodificar los rostros ignorados del mundo. Frente a la insustancialidad de lo humano, muchos de estos poetas anhelaron el regreso a la *civitas* inicial –anterior a la confusión– y franquear los verdes portalones del Jardín para recuperar una imagen vívida del origen. De ahí el itinerario planteado por *Persiles y Segismunda*, o también el de Alonso Quijano –para Nilo Palenzuela «el dios inicial de la modernidad»–; de ahí el peregrino de Góngora o el mundo «arborescente» calderoniano. Sin embargo, el impulso que ha llevado a su autor a tejer las páginas de este libro no es otro que la preocupación y la reflexión por el presente, por los conflictos semejanza-diferencia innatos a nuestro hoy, de tal forma que imanta a los personajes y los

textos más célebres de estos autores áureos para aproximarlos al espacio de su palabra, es decir, los sitúa en una misma escena interactuando con el hombre moderno. Así, junto a Narciso, Andrenio, Critilo o Polifemo están las teorías humanizadoras del *Logos* de George Steiner, los «saltos metamórficos» de Alfonso Reyes, los vasos comunicantes enhebrados por Haroldo de Campos entre múltiples lenguas, o el problema central de la estructuración, las posibilidades y los límites que ofrece el lenguaje al hombre del siglo XXI.

Para los que seguimos con interés la trayectoria crítica de Nilo Palenzuela, no resulta sorprendente este intento de aproximar lo clásico y lo moderno, situándose el autor en el vértice mismo en donde la tradición quiebra su decurso y, tras el impacto de la ruptura, prosigue renovada por los senderos de la creación y el pensamiento contemporáneos. En sus trabajos críticos como en su labor docente, este ensayista demuestra su predilección por los habituales encuentros entre la continuidad y la ruptura, dado que —como sabemos— la poesía y el arte moderno se deben tanto a la trasgresión como a la pervivencia del pasado. Sus visitas frecuentes desde la disciplina filológica a algunos de los protagonistas indudables de la filosofía y la pintura actuales —recordemos sus diálogos con Eugenio Trías, Serge Fauchereau,

Paul Klee, Vicente Rojo o Luis Palmero, entre otros— le han abierto un amplísimo horizonte de expectativas en el que se mueve con sorprendente facilidad, no exento del rigor hermenéutico que desprenden cada una de sus reflexiones.

Los hijos de Nemrod ha sido construido en forma de espiral —como el mito babélico al que se debe—, por lo que en su centro el autor ha situado dos estudios dedicados a Calderón de la Barca donde se encuentra, en mi opinión, la clave desde la que se hilvana todo el discurso, si bien no podemos dejar de mencionar las memorables páginas dedicadas a la «utopía gongorina», o aquellas otras en las que el crítico se detiene en la errancia gracianesca por los senderos de la retórica y el pensamiento. Partiendo del aliento profundamente ontológico que subyace en la obra del dramaturgo barroco, Nilo Palenzuela descubre en algunos de sus personajes —Semíramis, Segismundo y especialmente Nemrod— el perfil del hombre moderno, en tanto que él es el gigante que rompe los lazos que lo atan al designio de los dioses con el firme propósito de erigirse como individuo y hacer realidad su propia voluntad de ser. Junto a la técnica y el pensamiento lógico —los recursos con los que el hombre cuenta para superar sus propias limitaciones— Nemrod introduce un nuevo sentido: este personaje, al igual que el crítico o el poeta tienen un proble-

ma de lenguaje por resolver, está amenazado por la confusión entre las lenguas y es él su único intérprete, y «quien aspira al conocimiento –para decirlo con las palabras del autor del libro– debe romper cercos y fronteras, horadar idiomas y hallar vasos comunicantes». La traducción se vuelve, así pues, imprescindible pues sólo a través de su tejido es posible el diálogo necesario y suficiente, un intercambio de saberes diferentes, dispersos en la babélica encrucijada del mundo moderno. A partir de este personaje y de sus *hijos*, nuestro mundo recibe la herencia de una Babel derrumbada y con ella el caos lingüístico, las palabras que ya no reconocen a las cosas que antes nombraban, el resquebrajamiento de un ideal y, en fin, el desengaño moderno que comienza a fraguarse en la centuria barroca. En este mismo sentido, es allí cuando, en el *ascensus* hacia la utopía el hombre duda y detiene la marcha, contempla la distancia que lo aleja del suelo y siente, por vez primera, un vértigo que lo ahoga.

El lenguaje y la traducción son, para Nilo Palenzuela, motivos cruciales en este trabajo, y con ellos la búsqueda de esa lengua única y primera que ansiaron autores como Quevedo y que, hoy por hoy, algunos prosiguen reclamando bajo el

disfraz de una denominada unidad global. Por supuesto, nuestro crítico apuesta por la diferencia, por el castigo del que surge la multiplicidad, las distintas vías para abordar, probablemente, las mismas cuestiones por diversos hombres y diversas culturas. ¿Qué importa la Torre inacabada, la imposible realización de algunos sueños, si aún el hombre y su lenguaje tienden un puente hacia otro hombre a la búsqueda del sentido? Desde nuestros ojos de lectores contemporáneos advertimos que esa aspiración a la unidad esencial de las lenguas no es más que un obstáculo para el asombro por lo desconocido, para la curiosidad y el desconcierto que impulsan a la traducción, al viaje por otras geografías lingüísticas.

Es así como la exégesis del mito abordada por Nilo Palenzuela con la resuelta fluidez y versatilidad de su escritura nos muestra la semilla de toda una época erigida sobre Babel, esto es, sobre la confusión, la pérdida o el desvío humanos, la unidad y la fragmentación, el ascenso y la caída, sobre el hombre moderno hecho de preguntas y dudas, cuando las palabras no poseen ya más valor que la mera ficción de eso que representan.

Isidro Hernández Gutiérrez

El fondo de la maleta

Leer

Dice Octavio Paz en su estudio sobre López Velarde («El camino de la pasión»): «Yo me propuse, una vez más, interrogar a esos poemas como quien se interroga a sí mismo». A su vez, un editor alemán pidió a Umberto Eco que escribiera un librito sobre la niebla. En principio, la peregrina oferta pareció al escritor un tanto disparatada. Varias noches se levantó mientras la niebla disimulaba el milanés parque del Castillo y empezó a buscar noticias sobre la cotidiana intrusa: en el internet, luego en algunos de los cincuenta mil volúmenes que guarda en sus casas de Milán, Bolonia y París. Consiguió unas doscientas páginas de notas.

Algo tienen en común las dos escenas: Octavio Paz interrogando a López Velarde en busca de Octavio Paz, y Eco tratando de encontrar algo sobre la niebla en medio de la niebla. La lectura puede valerse de ambas figuras. Paz se busca a sí mismo en

una pregunta dirigida a un texto. Se supone, pues, que no se conoce, que su identidad está afuera, en la palabra de otros. Eco también busca, algo menos preciso y en un ambiente todavía más impreciso como es el de un amanecer con niebla.

El auténtico lector es, pues, un sujeto esperanzado en busca de una identidad. Pero, cuidado: el mal lector se le parece sugestivamente. Va, asimismo, siguiendo su propia identidad, pero ya la posee y lo que acecha es una confirmación en una literatura que sea tan mala como su falsa actitud de lector. Busca un espejo, pero el de todos los días, el que usamos para peinarnos o afeitarnos. La literatura es para él un lugar común, es decir un lugar compartido con el escritor que también sabe qué contratos se le proponen, con esos lectores especulares (y tan escasamente especulativos) y con los fabricantes de libros que se dicen editores.